

Era, sin embargo, magnífico espectáculo el ver á todos los soberanos de Europa contenerse, por no sé qué moderación imperiosa, en pedir jamás, aun en los momentos de un grande peligro, todo lo que era posible obtener: se servían dulcemente del hombre, y todos conducidos por una fuerza invisible, evitaban descargar sobre la soberanía enemiga ninguno de esos golpes que pueden resaltar; gloria, honor, alabanza eterna á la ley de amor proclamada sin cesar en el centro de la Europa! Ninguna nación triunfaba de la otra; la guerra antigua ya no existía mas que en los libros ó entre pueblos *sentados á la sombra de la muerte*; una provincia, una ciudad, y aun muchas veces, algunas villas, terminaban, cambiando de señor, encarnizadas guerras. Mutuos respetos, la política mas refinada sabían mostrarse en medio del estruendo de las armas. La bomba en los aires respetaba el palacio de los reyes; las danzas, los espectáculos servían mas de una vez de intermedios en los combates. El oficial enemigo, invitado á estas fiestas, venía á hablar en ellas con semblante risueño de la batalla que debía darse á la mañana siguiente; y en los horrores de la mas sangrienta refriega, la oreja del moribundo podía oír el acento de la piedad y las fórmulas de la cortesania. A la primera señal de combate, se levantaban numerosos hospitales por todas partes: la medicina, la cirugía, la farmacia ofrecían, sus numerosos adeptos; en medio de ellos se elevaba el genio de *San Juan de Dios* y de *San Vicente de Paul*; mas grande, mas fuerte que el hombre; constante como la fé, activo como la esperanza, ingenioso como el amor. Todas las victimas vivientes eran recogidas asistidas y consoladas: toda herida era tocada por la mano de la ciencia y por la de la caridad!... Hablabais hace poco caballero, de legiones de ateos que han obtenido triunfos prodijiosos; yo creo que si se pudiesen regimentar tigres, todavía veríamos mayores maravillas: jamás el cristianismo, si lo mirais de cerca os parecerá mas sublime, mas digno de Dios, y mas propio para el hombre, que en la guerra. Por lo demas, cuando habeis dicho *legiones de ateos*, habeis entendido esto literalmente; pero suponed á estas legiones tan malvadas como pueden serlo; ¿sabeis de qué modo podría combatirseles con ventaja? Seria oponiéndoles el principio enteramente opuesto á aquel bajo el cual estuviesen constituidos. Estad bien seguro que las *legiones de ateos*, no combatirían contra *legiones fulminantes*.

En fin, señores, las funciones del soldado son terribles; pero es necesario que se dirijan por una gran ley del mundo espiritual, y no debe admirar que todas las naciones del universo hayan acordado ver en esta balanza alguna cosa todavía mas par-

ticularmente divina que en las otras; creed que no sin gran razón brilla el titulo de Dios DE LOS EJERCITOS en todas las páginas de la Santa Escritura. ¡Culpables mortales, y desgraciados, puesto que somos culpables! esto es lo que nos hace necesarios todos los males físicos, pero sobre todo la guerra; los hombres se unen ordinariamente á los soberanos, y nada es mas natural: Horacio decía burlándose:

«Por delirios de reyes los pueblos castigados.»

Pero Juan Jacobo Rousseau ha dicho, con mas gravedad y verdadera filosofía:

«La ira de los reyes es la que arma la tierra.»

«Mas ira del cielo es la que arma los reyes.»

Observad ademas, que esta ley tan terrible de la guerra, no es, sin embargo, mas que un capítulo de la ley general que gravita sobre el universo.

En el vasto dominio de la naturaleza viviente, reina una violencia manifiesta, una especie de rabia prescrita, que arma todos los seres, *in mutua funera*: desde que salís del reino insensible, os encontrais con el decreto de la muerte violenta, escrito sobre las fronteras mismas de la vida. Ya en el reino vegetal se comienza á sentir la ley: desde el inmenso catalpa hasta la mas humilde yerbecilla, ¡cuantas plantas *mueren*, y á cuantas se les quita la *vida*! Pero tan luego como entráis en el reino animal, la ley toma en seguida una espantosa evidencia. Una fuerza oculta y palpable á la vez, se muestra continuamente ocupada en poner al descubierto el principio de la vida por medios violentos. Cada gran division de la especie animal, ha elegido cierto número de animales, á quienes ha dado el encargo de devorar á los demas: así pues, hay insectos de presa, reptiles de presa, pájaros de presa, peces de presa, y cuadrúpedos de presa. No pasa un instante sin que un ser viviente sea devorado por otro. Sobre estas numerosas razas de animales está colocado el hombre, cuya mano destructora no deja libre nada de lo que vive; mata para alimentarse, mata para vestirse, mata para resguardarse, mata para atacar, mata para defenderse, mata para instruirse, mata para divertirse, mata por matar; rey soberbio y terrible, necesita de todo y nada le resiste. Sabe que la cabeza del tiburón ó de la ballena, le proporcionará pipas de aceite; su delicado alfiler pica sobre el carton de los museos la elegante mariposa que ha cojido al vuelo en la cima de Mont-Blanc ó de Chimborazo; disecca el cocodrilo; embalsama el colibri; á su ór-

den la serpiente de cascabel viene á morir en el licor conservador que debe mostrarla intacta á los ojos de una larga serie de observadores. El caballo que lleva á su dueño á la caza del tigre, se pavonea bajo la piel de este mismo animal; el hombre pídelo todo á la vez, al cordero sus entrañas para hacer resonar un arpa; á la ballena sus barbas para armar el corsé de la joven virgen; al lobo su diente mas mortífero para pulir las obras ligeras del arte; al elefante sus colmillos para adornar el juguete de un niño: sus mesas están cubiertas de cadáveres. El filósofo puede hasta descubrir de que modo la matanza permanente está prevista y ordenada en todo el mundo. ¿Pero esta ley se detendrá en el hombre? No sin duda. ¿Pues entonces qué ser esterminará á aquel que á todos estermina?

El mismo. El hombre es quien está encargado de degollar al hombre. ¿Pero como podrá ejecutar esta ley, él que es un ser moral y compasivo; él que ha nacido para amar; él que llora por vosotros como por si mismo, que encuentra placer en llorar y que acaba por inventar ficciones, por hacerse llorar; él en fin, de quien se ha dicho que *será responsable hasta de la última gota de sangre que haya derramado injustamente?* (1) La guerra es la que está encargada de ejecutar el decreto. ¿No oís la tierra que grita y pide sangre? La sangre de los animales no le basta, ni aun la de los culpables vertida por la espada de las leyes. Si la justicia humana hiriese á todos, ya no habria guerra; pero no hace mas que concretarse á un pequeño número y aun muchas veces con economía, sin dudar que su ferocidad humana contribuye á hacer mas necesaria la guerra, si, sobre todo en el mismo tiempo ú otro no menos estúpido y funesto, trabajaba por estender la espacion en el mundo. La tierra no ha gritado en vano, la guerra se ha encendido. El hombre, inflamado de repente con un furor divino extraño al odio y á la cólera, se arroja sobre el campo de batalla sin saber lo que quiere ni aun lo que hace. ¿Qué significa, pues ese terrible enigma?... Nada hay mas contrario á su naturaleza, y nada le repugna menos: hace con entusiasmo aquello de que se horroriza. ¿No habeis notado alguna vez que sobre el campo de la muerte el hombre no desobedece jamás? Podrá muy bien asesinar á Nerva ó á Enrique IV; pero el mas abominable tirano, el mas insolente carnicero de carne humana, no oirá jamás allí: *Nosotros ya no queremos servirlos.* Un motin sobre el campo de batalla, una conjuracion para derrocar al tirano reinante, es un fenómeno, que no se presenta á mi memoria. Nada resiste, nada puede resistir á la fuerza que arrastra al hombre al combate; inocente mor-

(1) Gen. IX, 5.

tal, instrumento pasivo de una mano terrible, se arroja con humildad en el abismo que él mismo se ha abierto; recibe la muerte sin dudar que es él mismo quien ha hecho la muerte. (1)

De este modo se cumple sin cesar, desde el mas pequeño insecto, hasta el hombre la gran ley de la destruccion violenta de los seres vivientes. La tierra entera, empapada continuamente de sangre, no es mas que un altar inmenso donde todo lo que vive debe ser inmolado sin fin, sin medida, sin descanso, hasta la consumacion de las cosas, hasta la estincion del mal, hasta la muerte de la muerte. (2)

Pero el anatema debe herir mas directa y visiblemente a hombre: el ángel esterminador gira como el sol al rededor de este desgraciado globo, y no deja respirar á una nacion sino para herir á otras. Mas cuando los crímenes, y sobre todo los crímenes de cierto género, se han acumulado hasta un punto dado, el ángel emprende sin medida su vuelo infatigable. Semejante á la ardiente antorcha agitada rápidamente, la inmensa velocidad de su movimiento le hace estar á la vez sobre todos los puntos de su terrible órbita. Hiere en un instante á todos los pueblos de la tierra; otras veces ministro de una venganza precisa é infalible, se ceba sobre ciertas naciones y las deja bañadas en sangre. No espereis que ellas hagan ningun esfuerzo para escapar á su reprobacion ó para abreviarla. Se cree ver á estos grandes culpables, iluminados por su conciencia, que piden el suplicio y lo aceptan para encontrar en él la expiacion. Mientras á ellas les quede sangre vendrán á ofrecerla: y bien pronto una escasa juventud contará estas guerras desoladoras producidas por los crímenes de sus padres.

La guerra es, pues, casi divina en si misma puesto que es una ley del mundo.

La guerra es divina por sus consecuencias de un orden sobrenatural, tanto generales como particulares; consecuencias poco conocidas porque son poco buscadas, pero que no son por eso menos incontestables. ¿Quién podrá dudar que la muerte encontrada en los combates tiene grandes privilegios? ¿Y quién podrá creer que las victimas de esta espantosa condenacion hayan vertido su sangre en vano? Pero no es tiempo de insistir sobre esta clase de materias; nuestro siglo no está bastante maduro para ocuparse de ellas; dejémosle su fisica y tengámos sin embargo siempre fijos nuestros ojos sobre este mundo invisible que todo lo esplica.

(1) *Et infixae sunt gentes in interitum quem fecerunt.* (B. IX, 16.)

(2) *Porqué el último enemigo que debe ser destruido, es la muerte.* (San Pablo á los Cor. I, 13, 26.)

La guerra es divina en la gloria misteriosa que le rodea y en el atractivo no menos inesplicable que á ella nos conduce.

La guerra es divina en la proteccion otorgada á los grandes capitanes, aun á los mas arriesgados que raramente son heridos en los combates, solamente cuando su fama no puede crecer y cuando su mision está cumplida.

La guerra es divina por la manera con que se declara. No quiero excusar á nadie fuera de propósito; ¡pero cuántos á quienes se mira como autores inmediatos de las guerras son ellos mismos arrastrados por las circunstancias! En el momento preciso acarreado por los hombres y prescripto por la justicia, el mismo Dios se adelanta para vengar la iniquidad que los habitantes del mundo han cometido contra él. *La tierra ávida de sangre, como hemos oido hace algunos dias, abre la boca para recibirla y retenerla en su seno hasta que llegue el momento en que deberá devolverla.*

Ensalcemos, pues, cuanto se quiera al apreciable poeta que esclama:

Al menor interés que divide
Las atronadoras inagastades,
Belona lleva la respuesta,
Y siempre es el salitre el mensajero
De sus carniceras voluntades.

Pero que estas consideraciones tan inferiores no sean un obstáculo para que dirijamos mas alto nuestras miradas.

La guerra es divina en sus resultados que son absolutamente imperceptibles á las especulaciones de la razon humana: porque pueden ser del todo diferentes entre dos naciones, aunque la accion de la guerra sea igual de una parte y de otra. Hay guerras que envilecen á las naciones y las envilecen por algunos siglos; otras las ensalzan, las perfeccionan de todos modos, y reemplazan bien pronto, lo que es muy extraño, las pérdidas momentáneas por un acrecentamiento visible de poblacion. La historia nos muestra muchas veces el espectáculo de una poblacion rica y creciente en medio de los combates mas sangrientos; pero hay guerras viciosas, guerras de maldicion, que la conciencia reconoce mejor que la razon; las naciones son heridas de muerte en su poder y en su carácter; entonces podeis ver al mismo vencedor degradado, empobrecido y gimiendo en medio de sus tristes laureles, mientras que sobre las tierras del vencido no encontrareis, fuera de algunos monumentos, ni taller, ni un arado que pida un hombre.

La guerra es divina por la indecible fortaleza con que deter-

mina los sucesos. Esto era seguramente, mi querido caballero, por lo que repetiais el otro dia sin reflexionar la célebre máxima de que *Dios está siempre por los grandes batallones*. Jamás hubiera creido que esta máxima pertenecia realmente al grande hombre á quien se atribuye (1), puede tal vez suceder que haya dicho esta máxima burlándose, ó con gravedad en un sentido limitado y verdadero; porque Dios en el gobierno temporal de su providencia no deroga (esceptuando el caso de milagro) las leyes generales que ha establecido para siempre. Asi como dos hombres tienen mas fuerza que uno, cien mil hombres deben tener mas fuerza de accion que cincuenta mil. Cuando pedimos á Dios la victoria, no le pedimos que derogue las leyes generales del universo; esto seria en extremo estravagante; pero estas leyes se combinan de mil maneras y por consiguiente se dejan vencer hasta un punto que no puede designarse. Tres hombres son mas fuertes sin duda que uno solo: la proposicion general es incontestable; pero un hombre hábil puede aprovecharse de ciertas circunstancias, y un solo Horacio matará á tres Curiaecos. *Un cuerpo que tiene mayor masa que otro, tiene mas movimiento*; en esto no cabe la menor duda, siendo las velocidades iguales; pero es igual si tiene tres de masa y dos de velocidad, ó tres de velocidad y dos de masa. Por esto mismo un ejército de cuarenta mil hombres es fisicamente inferior á otro ejército de sesenta mil; pero si el primero tiene mas valor, esperiencia y disciplina, podrá batir al segundo; puesto que con menos masa tiene mas accion, y esto es lo que vemos en cada página de la historia. Por otra parte las guerras suponen siempre una cierta igualdad; pues no siendo asi no hay guerra. Jamás he leído que la república de Ragusa haya declarado la guerra á los sultanes, ni la de Génova á los reyes de Francia. Siempre hay cierto equilibrio en el universo político, el cual no depende del hombre romperle (si se esceptúan ciertos casos raros, precisos y limitados); ved porqué las coaliciones son tan difíciles; si no existiesen, siendo la política tan poco gobernada por la justicia, todos los dias se uniría para destruir un poder; pero de estos proyectos llegan á realizarse muy pocos y la misma debilidad escapa con una facilidad que asombra en la historia. Cuando un poder muy preponderante aterroriza al universo, uno se irrita por no encontrar ningun medio para detenerle; se deshace en amargos reproches contra el egoismo y la immoralidad de los gabinetes que les impiden reunirse para conjurar el daño comun; este es el grito que se oyó en los hermosos dias de Luis XIV; pero en el

(1) Turenna.

fondo estas quejas no son fundadas. Una coalicion entre muchos soberanos, hecha sobre principios de una moral pura y desinteresada, seria un milagro. Dios que á nadie debe nada y que nada hace inútil, emplea para restablecer el equilibrio dos medios muy sencillos: ya el gigante se degüella á sí mismo, ya un poder muy inferior arroja sobre su camino un obstáculo imperceptible, pero que crece en seguida y sin saber cómo y llega á hacerse insuperable; á la manera que una débil rama detenida en la corriente de un rio, produce al fin una acumulacion de malezas que le hace torcer su direccion.

Partiendo, pues, de la hipótesis de que el equilibrio, al menos aproximativo, tiene siempre lugar ó porque los poderes beligerantes son iguales, ó porque los mas débiles tienen aliados, ¿cuántas circunstancias imprevistas pueden trastornar el equilibrio y hacer abortar el éxito de los mas grandes proyectos, á despecho de todos los cálculos de la prudencia humana! Cuatro siglos antes de nuestra era las ocas salvaron el Capitolio; nueve siglos despues de la misma época, bajo el emperador Arnoulo, Roma fué tomada por causa de una liebre. Dudo que de una parte ni de otra se contase con tales aliados, ó que se temiese á semejantes enemigos. La historia está llena de acontecimientos tan inconcebibles que desconciertan las mas bellas especulaciones. Si por otra parte dirigis una mirada mas general sobre el papel que hace en la guerra el poder moral, convendreis desde luego que en ninguna parte la mano divina se hace sentir al hombre mas vivamente; se diria que es un departamento, permitidme la espresion, cuya direccion se ha reservado la Providencia, y en la cual no deja obrar al hombre mas que de una manera poco menos que mecánica, pues que los sucesos dependen casi enteramente de aquel de quien depende menos de ellos. Jamás se ha achacado tantas veces ni con tanta vehemencia como á la guerra su propia nulidad y su inevitable poder que todo lo regla. La opinion es quien pierde las batallas y la opinion es quien las gana. *El intrépido Esparciata ofrecia sacrificios al miedo.* (Rousseau se admira en cierta parte, y yo no sé por qué); Alejandro sacrificó tambien al miedo antes de la batalla de Arbelas. En efecto, estas gentes tenian mucha razon, y para rectificar esta devocion llena de sentimiento, basta rogar á Dios se digne no infundirnos pavor. ¡Pavor! Carlos V se burló muy á su gusto de este epitafio que leyó de paso: *Aquí yace, que nunca tuve miedo.* ¿Y cuál es el hombre que no tuvo miedo en toda su vida? ¿Quién es el que no ha tenido ocasion de admirar en sí mismo á su alrededor y en la historia la poderosa debilidad de esta pasion, que muchas veces parece tener mayor imperio sobre nosotros mismos á

medida que tiene menos motivos razonables? *Roguemos*, pues, señor caballero, *que sea á vos, si os agrada, á quien este discurso se dirija*, puesto que sois quien ha suscitado tales reflexiones; roguemos á Dios de todo corazon, á fin de que aleje de nosotros y de nuestros amigos el miedo que está á sus órdenes, y que puede destruir en un instante las mas bellas especulaciones militares.

No os espanteis de esta palabra *miedo*; porque si la tomais en su mas estricto sentido, podreis decir que lo que ella espresa es raro, y que es vergonzoso temerla. Hay una especie de miedo femenil que se marcha gritando, es permitido y aun ordenado de no mirarlo como posible, aunque desde luego parezca un fenómeno desconocido. Pero hay otro miedo mucho mas terrible que se apodera del corazon mas esforzado, le hiela de espanto, y le persuade que está vencido. Ved ahí el espantoso rayo, que siempre está sobre los ejércitos. Preguntaba yo cierto dia á un militar de primera categoria, á quien uno y otro conoceis: *Decidme, señor general, ¿qué es una batalla perdida? Yo jamás he comprendido bien esto.* Despues de un momento de silencio me respondió: *no lo sé.* Y despues de un segundo silencio añadió: *es una batalla que se creia haber perdido.* Nada es mas cierto. Un hombre que se bate con otro, es vencido desde el momento en que muere ó cae herido y el otro permanece derecho; no sucede lo mismo con dos ejércitos: el uno no puede ser muerto mientras que el otro permanece en pié. Las fuerzas se nivelan asi como los muertos, y sobre todo, despues que la invencion de la pólvora ha introducido mas igualdad en los medios de destruccion: una batalla no se pierde ya materialmente; es decir, porque haya mas muertos en un lado que en otro: Federico II que entendia algo de esto, decia: *vencer es avanzar.* ¿Pero quién es el que avanza? Es aquel cuya conciencia y presencia de ánimo hacen retroceder al otro. Recordad, señor conde, aquel jóven militar de vuestro particular conocimiento que os pintaba un dia en una de sus cartas, *este movimiento solemne en el cual sin saber por qué un ejército se siente llevado adelante como si rodase por un plano inclinado.* Me acuerdo que quedásteis impresionado de esta frase que espresa en efecto con maravillosa exactitud el momento decisivo, pero este momento escapa á la reflexion, y tened sobre todo entendido que de ninguna manera se trata del número en este asunto. El soldado que corre avanzando, ¿ha contado los muertos? La opinion es tan poderosa en la guerra, que de ella depende cambiar la naturaleza del mismo acontecimiento, y de darle dos nombres diferentes sin otra razon que su capricho. Un general se arroja entre dos cuerpos enemigos, y grita á su acompañamiento: *lo he*

cortado, es perdido. En seguida grita otra vez: *está metido entre dos fuegos, es perdido*. ¿Cuál de los dos está engañado? Aquel que se deje cojer por la *fria diosa*. Suponiendo todas las circunstancias, y sobre todo, la del número, iguales de una parte y de otra, al menos de una manera aproximativa, mostradme entre las dos posiciones una diferencia que no sea puramente moral. El término *de girar* es tambien una de las espresiones que la opinion *dirige* á la guerra como ella la entiende. Nada hay tan sabido como la respuesta de aquella mujer de Esparta á su hijo que se dolia por tener una espada muy corta: *avanza un paso*; pero si el jóven hubiera podido hacerse oír desde el campo de batalla y gritar á su madre: *retrocedo*, la noble Lacedemonia no hubiera dejado de responderle: *vuelve en tí*. La imaginacion es quien pierde las batallas (1).

No se sabe por lo tanto inmediatamente de dadas las batallas si han sido ganadas ó perdidas: es la mañana siguiente, y muchas veces dos ó tres dias despues. Se habla mucho en el mundo de batallas sin saber lo que son; se está sobre todo bastante espuesto á considerarlas como unos puntos, cuando á veces ocupan dos ó tres leguas de terreno; se dice con mucha gravedad: cómo, ¿no sabeis lo que ha pasado en ese combate, puesto que habeis estado en él? mientras que precisamente podria decirse muchas veces lo contrario. ¿El que está á la derecha sabe lo que pasa en la izquierda? ¿Sabe ni siquiera lo que pasa á dos pasos de él? Yo me represento fácilmente una de estas espantosas escenas: sobre un vasto terreno cubierto de todos los aprestos de la matanza, y que parece se mueven bajo los pasos de los hombres y de los caballos; en medio del fuego y de los torbellinos de humo; aturdido, transportado por el estruendo de las armas de fuego y de los instrumentos militares, por las voces de mando que llegan á formar una algazara ó á extinguirse; rodeado de muertos, de moribundos, de cadáveres mutilados; poseido alternativamente por el temor y por la esperanza, por la rabia, por cinco ó seis emociones diferentes, ¿qué sucede al hombre? ¿qué vé? ¿qué sabe despues de algunas horas? ¿qué puede saber de sí mismo ni de los otros? Entre esta tropa de guerreros que han combatido todo el dia, muchas veces no hay uno solo, y ni aun el mismo general que sepa quien es el vencedor. No tendria mas que citaros batallas modernas, batallas famosas, cuya memoria no perecerá jamás; batallas que han cambiado la faz de los negocios de Europa, y que no se han perdido sino porque tal ó cual hombre ha creído que en efecto lo estaban; de modo que supo-

(1) *Et qui primi omnium vincuntur, oculi.* (Tal)

niendo todas las circunstancias iguales, y sin que se haya vertido ni una gota de sangre mas de una parte que de otra, otro general hubiera hecho cantar un *Te-Deum*, y precisar á la historia á decir todo lo contrario de lo que debiera decir. Mas por favor, ¿en qué época se ha visto al poder moral hacer en la guerra un papel tan admirable como en nuestros dias? ¿No es verdaderamente mágico todo lo que hemos visto desde hace veinte años? Por esto sin duda á los hombres de esta época es á quienes con mas derecho pertenecen esclamar:

¿Qué tiempo fué jamás tan fecundo en milagros?

Pero sin salir del asunto que ahora nos ocupa, ¿hay por ventura en este género un solo acontecimiento contrario á los mas evidentes cálculos de la probabilidad, que no hayamos visto realizarse á despecho de la prudencia humana? ¿No hemos acabado hasta por ver batallas ganadas? Por lo demas, señores, no quiero exajerar nada, pues ya sabeis que tengo aversion particular á la exajeracion, que es la mentira entre gente vulgar. Por poca que encuentreis en lo que acabo de deciros, me someto á la condenacion, con tanta mas espontaneidad, cuanto que ninguna necesidad tengo de alcanzar razon en todo el rigor de esta palabra. Creo en general que las batallas no se ganan ni se pierden físicamente. No teniendo esta proposicion nada de rigida, se presta á todas las restricciones que juzgueis convenientes, puesto que á vuestra vez me concedeis (lo que ningun hombre sensato puede negarme) que el poder moral tiene una accion inmensa en la guerra, lo cual me basta. No hablemos ya pues, de *numerosos batallones*, caballero, porque no hay idea mas falsa ni mas grosera, si no se la restringe en el sentido que creo haber explicado con bastante claridad.

EL CONDE.

Vuestra patria, señor Senador, no fué salvada por *numerosos batallones*, cuando á principios del siglo XVII el principe de Pajarski y un mercader de bestias llamado Mignin, la libertaron de un yugo insoportable. El honrado negociante prometió sus bienes y los de sus amigos, mostrando el cielo á Pajarski, que prometió su brazo y su sangre: comenzaron con mil hombres y consiguieron su objeto.

EL SENADOR.

Me alegro infinito de que se haya presentado este rasgo á vuestra memoria; mas la historia de todas las naciones está llena de